

tarde su doctrina fue condenada, y Arrio fue despojado de sus grados clericales por un concilio local celebrado en Alejandría en el año 321 al que asistieron 100 obispos de Egipto y Libia.

El primer concilio ecuménico reunido en Nicea conoció de la enseñanza de Arrio y la condenó como herética confirmando la fe establecida en el evangelio y que aún sostiene la Iglesia: *Cristo es verdadero Dios*. Con ello, los Padres del concilio afirmaban la doctrina de los santos apóstoles y consolidaban sus enseñanzas: *“nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la Vida eterna.”* (I Jn 5:20). Sobre esta base el Concilio expresó su fe en el Padre y El Hijo dictando la primera parte del Credo.

El Credo de la Iglesia se llama Credo Niceno-Constantinopolitano, pues fue escrito durante éste primer Concilio Ecuménico y durante el segundo que se celebró en la ciudad de Constantinopla (año 381). En la Iglesia Ortodoxa nos referimos al Credo como el *Símbolo de la Fe*.

Con el pasar el tiempo, en diferentes lugares se desarrollaron diversos credos, todos profesando exactamente la misma fe, pero empleando formas y expresiones variadas con diferentes grados de detalle y énfasis. Estas formas de credos cristianos se desarrollaron de manera más elaborada y detallada en aquellos lugares donde habían surgido problemas acerca de la fe y donde habían aparecido herejías. Hoy celebramos la memoria de los Santos Padres del Primer Concilio Ecuménico, quienes escribieron este símbolo de nuestra fe que repetimos en cada Divina Liturgia.

Meditación espiritual

“El combatiente debe en todo tiempo conservar quieta su inteligencia a fin de que el espíritu pueda discernir los pensamientos que la sostienen, encerrar aquellos que son buenos y enviados por Dios en los tesoros de la memoria y rechazar fuera de los depositos de la naturaleza los pensamientos funestos y demoníacos”.

Diádoco de Fotice

Noticias

Monseñor Siluan visita San Fernando

El pasado Jueves 10 de mayo, Su Eminencia Monseñor Siluan hizo una visita informal a la Parroquia de la Asunción de la Madre de Dios en la ciudad de San Fernando, el colegio que lleva el mismo nombre y el Jardín San Jorge. A su llegada fue recibido por el párroco de la comunidad, R. P. Jorge Castelli, por autoridades y docentes del colegio y por los niños de la comunidad. Monseñor recorrió el templo y cada sala del Jardín, cada aula recibiendo el afecto y la simpleza de los niños.

Jorge Telerman visita a Monseñor Siluan

El Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Sr. Jorge Telerman, en ocasión de una actividad organizada por el Gobierno de la Ciudad en el Centro Cultural San Jorge, visitó a S.E.R. Monseñor Siluan el día sábado 12 de mayo. Su Eminencia lo recibió acompañado por los sacerdotes de la Catedral y representantes de las comisiones laicas y de instituciones de la colectividad de Capital Federal.



La Voz del Señor

Año VI - Nro 19 - 20 de mayo de 2007
Domingo de los Padres del I Concilio Ecuménico

“La resurrección moral del mundo”

La Resurrección, en forma particular, es la primera y principal fiesta en la vida de la Iglesia Ortodoxa, porque pertenece, no solo, a la Resurrección de Cristo, sino también a la resurrección de cada persona y por consiguiente a nuestra propia resurrección. Por lo tanto, no solamente en el período de los cuarenta días, que separan entre la Pascua y la fiesta de la Ascensión, se celebra la Resurrección, sino cada domingo y en cada Divina Liturgia.

Cristo había resucitado, pero solo de la muerte simple, la muerte del cuerpo. Mas nosotros, habiendo sido muertos una muerte doble, necesitaremos pues una resurrección doble: La primera, en la que hemos resucitado el día de la Pascua - el Bautismo, del pecado. Con Él hemos sido sepultados y resucitamos con Él en el Bautismo. Pues la primera resurrección es de los pecados. Y la segunda resurrección es la resurrección del cuerpo. Cristo nos había otorgado la resurrección más importante (la espiritual), esperemos pues la segunda resurrección, la más simple. La primera es mucho más importante que la segunda. ¡Que el hombre llegue a liberarse efectivamente de sus pecados es mucho más importante que resucitar a un muerto por el cuerpo! Y si la causa de la muerte ha sido el

pecado, pues la causa de la resurrección es liberarse de los pecados.

La resurrección es un derecho y solo le corresponde al hombre espiritual, y esto es lo que pasó con los discípulos (antes y después de la Resurrección). Por ello los atenienses no pudieron prestar oído a las palabras de Pablo, cuando comenzó a hablar de la resurrección. Quien ha experimentado la resurrección como arras en esta vida, le resultarán claros y serenos los siguientes significados: La resurrección es plenitud de la vida, luz, liberación y regocijo. Y esto es lo que expresan los cánticos del día de la Pascua en la Iglesia Ortodoxa.

La resurrección es luz de la Luz de Cristo. “La luz brilla en las tinieblas, [el Hades, el sepulcro] y las tinieblas no la vencieron” (Juan 1: 5), “Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8: 12). La tiniebla es signo de la muerte y la maldición. Solo con la luz el hombre encuentra el camino de la vida y llega a la verdad. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Juan 14: 6). “Aquel que os ha llamado de las tinieblas a Su admirable Luz” (1ª Pedro 2: 9). Por la Resurrección la luz brota sobre toda la creación: “Ahora, toda la creación se había llenado de luz, el cielo y la tierra, y lo que está debajo de la tierra. Por consiguiente, ¡Que toda la creación celebre la Resurrección de Cristo en que se fortalece!” (Primer Tropario de la tercera Oda del Canon de la Resurrección)

La Resurrección es una liberación de la muerte y una participación de la vida verdadera: “¡Hoy es el día de la Resurrección, resplandezcamos jubilosos, naciones! Porque la Pascua es la Pascua del Señor. Pues en Ella, Cristo nos había hecho pasar de la muerte a la vida y de la tierra al cielo ¡Nosotros que cantamos el cántico de la victoria y del

triunfo!" (Irmo de Oda Primera del Canon de la Resurrección).

Por la Resurrección, la alegría ya es posible: "¡Venid, bebamos una nueva bebida, no extraída por un milagro esplendoroso de una piedra muda; sino que es fuente de incorruptibilidad, por la emanación de Cristo de la tumba, en quien nos fortalecemos!" (Irmo de Oda Tercera del Canon de la Resurrección). El camino hacia la alegría fue inaugurado por la Cruz, así como lo dicen las Horas Pascuales: "Pues, he aquí, por la Cruz vino la alegría al mundo". Cristo anticipó y habló de esta alegría con Sus discípulos antes de Su Pasión: "Pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar" (Juan 16: 22b).

Por la Resurrección, la vida rebosó nuevamente en el mundo: "En ella era la vida y la vida era la luz de los hombres", mas "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Juan 1: 4b. y 10:10b).

En conclusión, con la anulación del temor a la muerte y el desprecio a la misma muerte, aún de parte de las mujeres y niños, se manifestó la resurrección moral del mundo; las gentes se volvieron del amor a las cosas terrenales al amor de la vida de la resurrección. Y con la desaparición de la persecución, los ascetas inventaron, en lugar del martirio de sangre, al martirio de la conciencia (es decir la vida de las virtudes); en que el hombre muera todos los días por Cristo. El asunto no está relacionado con la resurrección de un solo joven o una sola Tabitá (Dorkás), sino en la resurrección del mundo entero, de las tinieblas del pecado y el error. Y el martirio - martirio de sangre o de conciencia - se ha devenido en la "sabiduría" de elección al bien verdadero (sabiduría de las serpientes) y no un "heroísmo". Por ello vemos a los mártires

desde la Iglesia primitiva, avanzando hacia la muerte buscando a Cristo, y siguieron sus huellas los ascetas y piadosos crucificados para el mundo y el mundo crucificado por ellos (Gálatas 6: 14). Y ahora, en nuestra vida actual, ofrecemos a la vez un testimonio de la vida veraz, así como lo indica nuestra exclamación pascual: ¡Cristo Resucitó!

+ **Metropolitano Siluan**

Tropario de la Resurrección (Tono 6)

"Los poderes celestiales aparecieron sobre tu sepulcro y los guardias quedaron como muertos. María se plantó en el sepulcro buscando Tu cuerpo purísimo. Sometiste al Hades sin ser tentado por él y encontraste a la Virgen otorgándole la vida. ¡Oh Resucitado de entre los muertos, Señor, gloria a ti!"

Tropario de la Ascensión (Tono 4)

"Ascendiste en gloria, oh Cristo nuestro Dios, y alegraste a tus discípulos con la promesa del Espíritu Santo, y por la bendición otorgada creyeron que Tu eres el Hijo de Dios, el Salvador de nuestras almas".

Kontakion de de la Ascensión (Tono 8)

"Cuando concluiste el plan de nuestra Redención uniendo a los terrestres con los celestiales, ascendiste glorioso a Tu lugar, oh Cristo nuestro Dios, aunque no Te habías desprendido de él, pues permaneciste siempre firme en él, y clamando a los que amas: "Yo estoy con vosotros y nadie estará en contra".

Hechos de los Apóstoles (20:16-18, 28-36)

En aquel tiempo, Pablo había resuelto pasar de largo por Éfeso, para no perder tiempo en Asia. Se daba prisa, porque quería estar, si le era posible, el día de Pentecostés en Jerusalén. Desde Mileto envió a llamar a los presbíteros de la Iglesia de Éfeso. Cuando llegaron donde

él, les dijo: " Vosotros sabéis cómo me comporté siempre con vosotros, desde el primer día que entré en Asia, tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo. Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño; y también que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar a los discípulos detrás de sí. Por tanto, vigilad y acordaos que durante tres años no he cesado de amonestaros día y noche con lágrimas a cada uno de vosotros. Ahora os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santificados. Yo de nadie codicié plata, oro o vestidos. Vosotros sabéis que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros. En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mayor felicidad hay en dar que en recibir." Dicho esto se puso de rodillas y oro con todos ellos.

Santo Evangelio según San Juan (17:1-13)

Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: "Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyo eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra. Ahora ya saben

que todo lo que me has dado viene de ti; porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado. Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba yo con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura. Pero ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada".

El Primer Concilio Ecuménico

Con la asistencia de 318 obispos Europa, África y Asia, se celebró en Nicea, a mediados del año 325 d.C, el primer concilio ecuménico de la Iglesia, convocado por el emperador Constantino el Grande, y presidido por Eustacio, obispo de Antioquía. Se destaca la presencia en este concilio de un grupo numeroso de padres que, por su fe, dieron un ejemplo vivo de Cristo, como son San Nicolás de Mira, Espiridión de Trimitos, Macario de Jerusalén, y el Diácono, en ese entonces, san Atanasio el Grande.

En el primer tercio del siglo IV, el pueblo cristiano se encontraba dividido y confundido por la predicación de un diácono libio, Arrio, que rechazaba la divinidad de Cristo, y enseñaba que el Señor era criatura y no creador y, por lo tanto, no era ni eterno ni consubstancial al Padre. Así mismo decía que solo en forma alegórica se le nombraba "Hijo", "Sabiduría" y "Poder" de Dios. Después de vanos intentos de parte del patriarca de Alejandría de convencerle de su error, más